

KAREN

Leticia Hülsz / Colegio de Ciencias y Letras

Entonces llegamos nosotros. Karen nos distinguió entre ese mar de personas que casi siempre se encuentran en los andenes de tren. El olor a petróleo quemado se mezclaba con el polvo que ya había en la estación. Un calor tibio y encerrado y la locomotora apagándose. Era un ruido seco, apenas perceptible por el bullicio y los pasos apurados de los viajeros que encontraban a sus parientes y amigos.

Karen estaba parada justo enfrente de la puerta de uno de los vagones, me parece que el segundo, el dormitorio. Allí debió pasar la noche, porque de Montalbo a Salazar son varias horas. Nunca he ido a Montalbo, sé lo de las horas porque mamá no cesa de repetirlo, siempre recordando a Karen. Las maletas estaban junto a ella, junto al letrero que tenía el número del andén: ocho. El piso amarillento y gastado, las maletas testigos de su espera y su regreso. Un contraste casi imperceptible de amarillos entre el piso del andén y el sol que parecía indicar que Karen llegaba con la última claridad de la tarde y como la tarde, cansada.

Desde lejos Karen reconoció la cara de Silvia, que agitaba la mano en señal de saludo. Debe habernos mirado a todos, pero entonces miraba a Silvia con cierta extrañeza, la extrañeza de mirar a alguien hartado conocido después de mucho tiempo sin poder encontrar en el primer instante los rasgos que lo caracterizan. El cabello de Silvia era ahora largo, la expresión severa y los rasgos terminantemente definidos, pero eso desde niña se podía proveer en sus ojos que ya reflejaban tristeza y que ahora rasguñaban la amargura.

Karen contestó el saludo de Silvia agitando la mano débilmente y lejos, —siempre lejos— sonriendo. Era al saludo de Silvia al que respondía, porque mamá, con la emoción, apenas podía sostenerse en pie y papá le ayudaba, preocupándose más de ella que de la llegada de Karen y yo ni siquiera lo intenté porque aunque me hubiera visto, comprendía que el saludo era entre ella y Silvia, el reconocimiento existía entre ella dos, como de niñas.

Desde que se había marchado transcurrieron muchas horas cargando el equipaje —decía en una carta— sintiendo el peso de sus recuerdos, le agregaría yo. Montalbo y la

casa tan sola y tan grande, las cartas de mamá debían sonarle a niñez. También las horas ociosas y a distancia provocan imágenes de antaño.

No creo que Karen hubiera pensado en volver, ninguno de nosotros se atrevía a hacerlo. O más bien sí, pero era un pensamiento muy reprimido y muy tímido. Cuando en casa recordamos, es casi siempre porque Silvia menciona a Karen sin fijarse y todos comenzamos a añadir detalles y aludir a situaciones, hasta que hay un punto en el que ya no es posible seguir recordando y callamos.

Supongo que las cartas de Silvia la decidieron a volver. Silvia siempre ha escrito bien. Cuando recibimos cartas de Karen mamá las lee en la mesa antes de comer, con la sopa caliente enfrente y una voz muy solemne, como la del disco de poemas que ponía cuando éramos pequeñas y que Silvia y Karen se aprendieron de memoria. Silvia se encierra por horas en su cuarto, carta en mano, y sale con un sobre bien rotulado para Karen que le entrega a mamá. Por eso creo que las cartas de Silvia la decidieron, le han de haber hecho recordar viejos tiempos, cuando ella, Karen y Silvia, jugaban por la tarde con ese sol que ni calienta ni se extingue en el patio chico. Yo también jugaba, pero Karen y Silvia insistían en que el juego era para dos y Karen se ofrecía jugar más tarde conmigo. Nunca era lo mismo, porque entonces Karen ya estaba un poco cansada y enojada, además de que comenzaba a oscurecer y mamá se molestaba si seguíamos jugando y no hacíamos caso de entrar a casa a tomar el chocolate y las conchas calientes. Decía que era peligroso andar corriendo a oscuras y entonces el juego duraba poco y casi no había suspenso, como en el de Karen y Silvia. Pero verlas jugar y hacer era, de alguna manera, mi goce secreto, mi propio juego.

Karen se escondía bajo la bugambilia por horas y Silvia simulaba buscarla, mientras Karen, recogida, veía caer las hojas, una a una, que la iban cubriendo más y más, hasta que hubiera sido imposible encontrarla. Entonces Karen comenzaba a molestarse de que Silvia siguiera fingiendo y no hiciera ningún esfuerzo por dar con ella. Venía la desesperación de que algo sucediera, como por ejemplo (y así siempre) que Silvia la hallara al fin y se abrazaran, Silvia alegando que de verdad había intentado encontrarla y Karen insistiendo en que Silvia no la buscaba, que la había descubierto sumida en su lectura mientras ella sufría la húmeda oscuridad de la bugambilia, que no era justo.

Mamá, como siempre, venía en ese momento: casi nunca ni antes ni después. Era como si hubiera sabido cuando el juego había terminado y nos llamaba a merendar. Así se disolvían un poco las angustias de Karen, y Silvia conseguía hacer planes para jugar al día siguiente.

Si, ahí estaba mamá, Karen, parada y temblando emocionada en el andén. Su cara dulce era inconfundible, las facciones suavizadas por los años y los hijos, ni con ese mar de gente iba a perderlas. Alrededor de los ojos tenía unas arrugas, ¿recuerdas?, que no eran precisamente de vejez, sino de dulzura, de tanto sonreír porque sonreía con toda la cara.

Papá debe haberse visto más viejo y más frágil; siempre nos decía a mí y a Silvia que era como si le faltara peso, como si esos hombros y esas piernas fuertes fueran sólo una imagen, un esbozo de lo que él quiso ser. Debías de extrañar los regaños de mamá. Tal vez eso fue lo que te hizo volver, sí, tal vez, que después de todo te tranquilizaban porque no eran regaños. Siempre acababa rezando contigo como si nada hubiera pasado. Nunca dejó de darte el beso de buenas noches y cuando te veía angustiada abría el libro de cuentos, un libro grande y grueso de pasta verde y letras doradas y te lo leía hasta el final aunque supiera que ya no la estabas oyendo.

Te daba tristeza acercarte, Karen, vacilabas. Cada paso era romper la lejanía, matar los recuerdos donde aparecía mamá con su cara afable o papá frágil y fuerte o Silvia cuando jugaban. Por un tiempo pudiste olvidar el porqué de tu partida, la cara de reproche de Silvia, sentada, esperando para el chocolate y las conchas calientes, el gesto agrio de papá y hasta mi propio odio.

Yo vi el momento en que pasaba sus ojos sobre mi silla de ruedas, yo la vi afianzarse a su equipaje cuando dio la media vuelta para subir de nuevo al tren, como si nosotros hubiéramos sido sólo una pesadilla, como si mi silla de ruedas no fuera real.